

# Las rosas olvidadas

MARTHA HALL KELLY

TRADUCCIÓN: Ana Belén Fletes Valera



MAEVA

# Prólogo

Luba

1912

SI LE METÍ aquel ciempiés en la zapatilla a Eliza fue porque pensaba que quería quitarme a mi hermana Sofya. Yo tenía ocho años y acababa de perder a mi madre. No podía perder a mi hermana también.

Eliza Ferriday nos había llevado a pasar una semana a su piso de París, a nosotras, dos primas rusas del zar a las que habían obligado a abandonar su hogar en la ciudad de San Petersburgo justo antes de Navidad. Nuestro padre se había vuelto a casar y estaba en Cerdeña de luna de miel con su nueva esposa, Agnessa, que me odiaba desde que, cuando vino a vernos a nuestra casa en noviembre, puse a prueba mi experimento de los ciempiés con ella. Detestaba especialmente lo que a mí más me interesaba, la astronomía, y consiguió convencer a mi padre para que me quitara los mapas de las constelaciones con la excusa de que me distraían de mis clases de francés. Si bien intentó congraciarse conmigo regalándome un juego de té de Limoges para muñecas, me pasé la mayor parte del mes recluida en mi habitación.

Cuando dieron a Sofya vacaciones en la escuela Brillantmont a la que asistía, en los Alpes suizos, nos encontramos en Ginebra, donde tomamos el tren a París. Delgada y pálida, destrozada aún por la súbita muerte de nuestra madre en la primavera del año anterior, Sofya apenas dijo nada en todo el viaje; no sacó la nariz de la montaña de libros que llevaba en la maleta. Al llegar a la estación de Lyon, se incorporó y observó a los otros viajeros que habían hecho el viaje con nosotras mientras bajaban al andén. ¿Estaría pensando en nuestra madre, que solía ir a recogerla cuando volvía a casa en vacaciones?

Sola en París, esperando a que su marido y su hija llegaran de Nueva York, Eliza se dedicaba en cuerpo y alma a hacernos felices, no nos dejaba solas ni un minuto. El primer día nos llevó a un comedor social en Le Marais y allí me di cuenta de que el vínculo que había entre mi hermana y ella era cada vez más fuerte. La facilidad que tenía para hacerla reír era asombrosa. Trabajaban en sincronía, codo con codo, sirviendo sopa de una enorme olla plateada en cuencos, mientras que yo me ocupaba de recogerlos ya vacíos de las mesas.

Al día siguiente me fijé, muerta de envidia, en cómo paseaban las dos juntas cogidas del brazo por el mercado navideño, decidiendo qué era mejor para la cena, si ganso o pato, y qué bombones comprar en el establecimiento de *À la Mère de Famille*. Todas las noches jugábamos a las cartas junto a la chimenea y ellas me dejaban ganar para poder seguir conversando sobre novelas, hombres y otros temas igual de aburridos, y luego se quedaban hasta altas horas de la madrugada charlando todavía un rato más. ¡Qué ganas tenía de volver a San Petersburgo y disfrutar de mi hermana para mí sola!

La víspera de nuestra vuelta a casa, poco después de que me fuera a la cama, entraron en mi habitación y me despertaron. Aún ardían algunas ascuas en la chimenea.

—Despierta, cariño —me susurró Sofya al oído mientras me apartaba el pelo de la frente como solía hacer nuestra madre—. Ponte el abrigo encima del pijama y ven con nosotras.

—Tenemos una sorpresa para ti —dijo Eliza.

Medio dormida, salí junto a ellas a la calle con el frío que hacía. Fuimos dando un paseo por la ciudad silenciosa hasta la torre Eiffel y nos detuvimos debajo de un enorme globo oscuro, que se levantaba como una sombra amenazadora sobre nosotras.

—¿Qué es esto? —pregunté.

Eliza y Sofya me hicieron subir a toda prisa tres tramos de escaleras de hierro y cruzar unas gruesas cortinas de terciopelo que daban paso a una habitación oscura. Aunque no había luz, pude distinguir unas tumbonas, como esas que hay en la cubierta de los barcos, pero tapizadas. Eliza y mi

hermana se sentaron cada una en una y a mí me dejaron la que estaba entre ellas dos. Había más gente a la derecha y la izquierda de donde estábamos nosotras.

—¿Me habéis despertado para esto? —le susurré a Sofya.

—Tú espera y verás —respondió.

Me tomó la mano cuando la cúpula del techo se llenó de constelaciones estelares que reproducían el mapa del cielo que había contemplado desde tierra cien veces. A la luz de las estrellas pude comprobar que estábamos en un auditorio lleno de gente, donde todos observábamos el techo.

—Lo llaman globo celeste —dijo Eliza—. Un planetario.

Estaba allí tumbada, observando atónita las constelaciones que iban apareciendo en el cielo añil. La balanza de Libra. El resplandeciente Escorpio. Incluso Draco, una constelación poco brillante que se aleja serpenteando de la Osa Menor.

Sofya se inclinó hacia mí y me susurró:

—Ahí es donde vive mamá.

Allí estaba, contemplando el paso de la luna llena a un lechoso cuarto menguante sin respirar siquiera, presa de una felicidad que no sentía desde que murió mi madre.

Eliza me tomó la otra mano y noté su calidez.

—Pensamos que te gustaría.

Allí tumbadas las tres, observando el movimiento de los astros sobre nuestra cabeza, me di cuenta de que no había perdido una hermana, sino que había ganado otra y era fantástica.

Primera parte

# 1

Eliza

1914

ERA UNA FIESTA como tantas otras de las que se celebraban en Southampton, con los mismos pasatiempos de siempre. Cróquet. Bádminton. Demostraciones de sutil crueldad social. La fiesta tenía lugar en casa de mi madre, en Gin Lane, una construcción asimétrica con revestimiento de madera rodeada por un inclinado terreno cubierto de césped ya reseco que bajaba hasta el mar. La casa, llamada Queen Anne Cottage, (aunque todos los habitantes del lugar se referían a ella como Mitchell Cottage en honor a la familia de mi padre), se alzaba junto a otras similares a lo largo de la zona desprovista de árboles de South Fork, en Long Island, Nueva York, como una hilera de pasajeros que contemplaran el mar desde la cubierta de un barco.

Si hubiera prestado más atención aquel día, tal vez habría podido predecir cuáles de los chicos que empuñaban risueños sus cestas de cróquet morirían poco después en el bosque de Argonne, o qué mujeres cambiarían sus vestidos de seda de color marfil por el crespón del luto. Jamás me habría imaginado que yo sería una de ellas.

Estábamos a finales de mayo y hacía frío, algo inusual en esa época, para celebrar una fiesta al aire libre, pero mi madre se empeñó en despedir a nuestros amigos rusos, los Stréshnev, con estilo. Me encontraba de pie en el amplio y frío salón que había al fondo de la casa. Desde aquella estancia, como si fuera la cámara del timonel de un barco de vapor, se disfrutaba de una vista perfecta del jardín gracias al mirador, con los cristales cubiertos de un glaseado mate a causa del aire salobre, que hacía que el paisaje y la figura de los invitados

que bajaban por la pendiente de césped hacia las dunas se vieran borrosos.

Sentí que unos brazos me rodeaban por la cintura y al darme la vuelta vi que era mi hija, Caroline, que a sus once años casi me llegaba por el hombro, con su pelo rubio dorado recogido en una coleta con un lazo blanco. La acompañaba su amiga Betty Stockwell, todo lo contrario que mi hija: bastante más baja, mediría unos trece centímetros menos, y con el pelo oscuro. Una preciosidad de niña. Aunque las dos llevaban un vestido blanco idéntico, se parecían como un huevo a una castaña.

Caroline me estrechó la cintura.

—Nos vamos a dar un paseo por la playa. Y padre dice que lamenta haberse vestido sin tu ayuda esta mañana, pero que no le confisques su licor Dubonnet.

Le acaricié la espalda con la mano.

—Dile a tu padre que los hombres daltónicos que insisten en incluir calcetines amarillos en su vestuario no tienen perdón.

Caroline me sonrió.

—Eres mi madre favorita.

Y salió corriendo por el césped en dirección a la playa, dejando atrás a los hombres que bajaban con una mano sujeta al sombrero de paja y ataviados con pantalones de franela que la brisa agitaba. Las damas, con zapatillas de lona y trajes de lino de color crema sobre delicados cuerpos de encaje lencero, levantaban el rostro al sol, recién llegadas de lugares como Palm Beach, contentas de sentir de nuevo la brisa norteña. Las amigas sufragistas de mi madre, vestidas en su mayoría con vestidos de tafetán y seda de color negro, contrastaban por lo oscuro de su vestimenta con el césped pálido, como una bandada de cuervos entre los tallos dorados del lino.

Mi madre se acercó y enlazó el brazo con el mío.

—Hace un poco de frío para pasear por la playa.

A sus setenta años, mi madre, Caroline Carson Woolsey Mitchell, a la que sus hermanas llamaba Carrie, medía lo mismo que yo, un metro ochenta y tres, y era la típica mujer

fuerte y resuelta de Nueva Inglaterra descendiente de una antigua estirpe yanqui que había capeado penas y huracanes a partes iguales.

—No les pasará nada, madre.

Entorné los ojos para ver a mi Henry, a Caroline y a Betty, que estaban ya cerca de la orilla. La falda del vestido blanco que llevaba Caroline se hinchaba con el viento; parecía que fuera a echar a volar.

—¿Se han quitado los zapatos? —preguntó mi madre—. Espero que suban pronto.

El viento levantaba crestas blancas en la superficie del océano mientras los tres paseaban por la orilla, con la cabeza inclinada hacia abajo.

Mi madre me rodeó con los brazos.

—¿De qué hablarán Caroline y Henry?

—De todo. Andan perdidos en su propio mundo.

La brisa le arrancó a Henry su canotier de paja, dejando a la vista una mata de pelo cobrizo que brillaba al sol, y Caroline salió disparada a recogerlo del agua.

—Qué afortunada es de tener un padre que la adora —comentó.

Y tenía toda la razón, como siempre. Pero ¿y si Caroline se despertaba otra vez y se pasaba la mitad de la noche tosiendo por culpa del aire marino?

Mi marido nos saludó desde la playa, como un náufrago en mitad de una isla desierta.

—Henry se va a quemar esa piel tan clara que tiene —dije yo devolviéndole el saludo.

—Los irlandeses son delicados —apuntó mi madre, saludando también.

—Medio irlandés, madre.

Ella me dio unas palmaditas en la mano.

—Te van a echar de menos.

—No estaré fuera mucho tiempo.

Sofya y su familia habían venido a vernos y llevaban un mes con nosotros. Se suponía que me marchaba con ellos a San Petersburgo al día siguiente.



—Me preocupa. Rusia está muy lejos. Saratoga es agradable en esta época del año.

—Puede que no tenga más oportunidades de visitar Rusia. Las iglesias. El *ballet*...

—Los campesinos hambrientos.

—Baja la voz, madre.

—Suprimieron el vasallaje, pero los pobres del zar siguen siendo esclavos.

—Voy a volverme loca aquí encerrada. Caroline estará bien con Henry.

—Por lo menos no hay guerra. Por el momento.

Según aquellos que leían el periódico de cabo a rabo, los periodistas predecían conflictos con Alemania, pero el mundo había estado al borde de entrar en guerra tantas veces ya que muchos neoyorquinos no prestaban especial interés al asunto.

—No te preocupes, madre.

Se alejó y yo salí al porche. Me recibió una mezcla de conversaciones educadas interrumpidas por el batir de las olas y los golpes intermitentes del mazo en el partido de cróquet. Me abrí paso entre los invitados, envueltos en seda y lana de cachemir, en busca de mi amiga Sofya.

Los amigos de mis padres procedían de dos ámbitos bien diferenciados. Aunque mi padre había muerto hacía ya varios años, mi madre seguía invitando a sus amigos a todas las reuniones que celebraba. Había sido el líder del Partido Republicano en Nueva York y sus amigos reflejaban esa imagen: colegas abogados y sus esposas, financieros y algún que otro magnate hecho a sí mismo.

Los amigos de mi madre eran, sin duda alguna, personas más animadas: actores y pintores, sufragistas de todas las formas y colores, así como varios miembros de la escena internacional procedentes de lugares lejanos, convertidos en el blanco de los cotilleos de los amigos de mi padre: Nairobi. Bangkok. Massachusetts.

Para encontrar al contingente ruso, bastaba con buscar el origen del griterío, pues era un grupo alborotador, algo muy

estimulante por otra parte, con tendencia a mantener acaloradas discusiones en una mezcla de francés, inglés y su lengua materna a cualquier hora del día. Pasé junto al médico de los Stréshnev, el doctor Vladímir Leonídovich Abushkin, un hombrecillo rechoncho y con poco pelo que llevaba un abrigo de piel de lince encima de su traje de día, enfrascado en una acalorada discusión con el médico de mi madre, el doctor Forbes.

—Me da igual lo que hagan en San Petersburgo —decía el doctor Forbes, con el rostro demacrado y flácido a causa de visitas a pacientes moribundos y atención en partos a horas intempestivas—. Si lo que quiere es que el bebé nazca sano, Sofya no debería viajar. Necesita descanso y calcio.

El doctor Abushkin echó la cabeza hacia atrás.

—Ja. Calcio, dice. Aún faltan dos meses para el nacimiento. La madre está sana como una manzana.

—Pero corre un gran riesgo. Ya ha sufrido dos abortos espontáneos. Un viaje tan largo es peligroso.

Los rusos estaban en un rincón del porche trasero, reunidos en torno a mis amigos actores: E. H. Sothern con sus cabellos plateados y la rodilla hincada en el suelo, y su esposa, Julia Marlowe. Julia se dirigía al grupo desde la ventana de mi dormitorio en el piso superior, justo sobre sus cabezas, interpretando la escena del balcón de *Romeo y Julieta*, una de las actuaciones más famosas de la pareja.

—Es casi de día. Dejaría que te fueses —declamaba Julia con un brazo extendido hacia el público y los hombros tapados con el cobertor de mi cama.

Los rusos contemplaban la pequeña representación con expresión seria, mientras que el resto de los invitados se arremolinaban por la zona, inmunes a los dos mejores actores estadounidenses especializados en la obra de Shakespeare de la época, pues los habían visto representar sus obras con frecuencia. Cualquiera se habría preguntado cómo podían Julia y E. H, de cuarenta y ocho y cincuenta y cuatro años respectivamente, seguir interpretando a la famosa pareja de adolescentes, pero bastaba con verlos en el escenario para convenirse de su talento.

Julia culminó la escena entre los aplausos y los gritos entusiastas de la familia Stréshnev. El grupo llenaba de alegría aquel rincón del porche. Iván, el patriarca, primo del zar Nicolás II, permanecía de pie mientras contemplaba la embesitada de las olas con las mangas de la camisa ondeando al viento. Hombre afable, esbelto y con cierta elegancia europea, Iván había conocido a mi marido, Henry, años atrás, cuando este trabajaba en Poor Brothers Dry Goods como comerciante de pieles e Iván representaba a la Cámara de Comercio rusa.

La segunda esposa de Iván, la condesa, estaba de pie junto a una Sofya en avanzado estado de gestación y el marido militar de esta, Afón, y describía con todo lujo de detalles cómo enviaba toda su ropa de cama a París desde Rusia para que la lavaran allí.

La mayoría de los invitados gozaban de unos modales impecables que les impedían quedarse mirándola boquiabiertos, pero la ya no tan joven beldad rusa era un espectáculo para la vista, ataviada con un vestido de alta costura francesa del año anterior y engalanada con una estola de marta cibelina y un collar de perlas de varias vueltas y diamantes de un tamaño nunca visto antes de la hora de la cena en Southampton.

La mirada de Sofya se encontró con la mía, sonrió y enarcó una ceja. El embarazo le sentaba bien; paseaba una figura en estado de buena esperanza de lo más digna, no como yo poco antes de dar a luz a Caroline, que parecía que llevaba dentro a un poni de las islas Shetland.

La condesa desconocía la lucha que se estaba gestando entre los dos médicos y buscó a una doncella, a la que llevó a un lado.

—¿Puedes traerme un agua con gas? Que no se te olvide el hielo.

La camarera salió a toda prisa y la condesa posó una mano en el hombro de Sofya.

—Tienes que sentarte. Piensa en el milagro que llevas dentro y en lo mucho que lo esperabas, querida. Y deja de comer, te lo suplico, o Afón no querrá tocarte una vez que nazca el bebé.

Sofya se quitó de encima el brazo de la condesa.

—Agnessa, por favor, ya has pedido dos botellas de agua con gas y ni siquiera las has probado.

—Los estadounidenses tienen hielo para dar y tomar, querida.

Me emocionaba inmensamente la idea de partir hacia Rusia al día siguiente, el viaje de mi vida. No solo estaría presente cuando naciera el bebé de Sofya, sino que por fin iba a conocer San Petersburgo, la fastuosa iglesia del Salvador sobre la Sangre Derramada, cuyo interior estaba recubierto de relucientes mosaicos, y los Rembrandts que albergaba el Palacio de Invierno del zar. Y lo mejor de todo, podría visitar a mi querida amiga todos los días.

Tomé a Sofya del brazo y nos dirigimos hacia el comedor, una estancia en la que había espacio suficiente para una gigantesca mesa de caoba repleta de fuentes con entrantes y postres, y también un sofá de damasco en color rosa.

—Gracias por sacarme de ahí. A Agnessa le aterra pensar que el bebé pueda nacer en cualquier momento.

—Es su heredero, no podemos olvidarlo. Ya sabes cómo son las madres.

—Las madrastras. Y Afón está hecho un manojo de nervios. Se comporta como un verdadero crío pensando en el nacimiento.

—Mañana nos vamos juntas a Rusia, querida. ¡Qué emoción! Seguro que allí estarán más tranquilos.

Sofya estiró el brazo y cogió una de las galletas que había preparado mi madre.

—¿Cómo se llaman?

Adoraba la relajante voz de mi amiga. Su marcado acento ruso hacía que algunas palabras sonaran duras, y era habitual que la gente dejara lo que estaba haciendo para prestar atención a los sonidos.

—Una galleta crujiente de mantequilla, la receta se remonta a la guerra de Secesión.

Había pedido a la cocinera que preparasen las antiguas recetas familiares de la abuela Woolsey: manzanas fritas, pastas de té y licor de mora.

Dio cuenta de la galleta en tres bocados.

—Ojalá pudiera quedarme aquí para siempre y vivir a base de galletas de mantequilla. El viaje de vuelta a casa va a ser terriblemente largo...

—¿El trayecto en barco hasta Francia y desde allí en tren hasta San Petersburgo? A mí me suena de maravilla. Me encanta tener una excusa para no pasar el verano en Nueva York.

Sofya cogió otra galleta crujiente.

—¿Cómo puedes decir eso? En mi país, la mitad de la gente está en huelga. No sabes apreciar lo que tenéis aquí. La playa y Manhattan...

—¿Te refieres a pasarte todo el día con el bañador mojado o encerrada en un apartamento con un calor abrasador en la ciudad? Viajar al extranjero es la única cura.

—Siempre podrías prestar servicios comunitarios.

—¿Y unirte a todas esas almas caritativas de la sociedad que van por ahí pregonando los fondos que recogen para comprar leche y las reuniones que realizan en la iglesia? Mi madre no, claro está, pero en general no puede decirse que esas personas ejerzan un verdadero cambio con sus actos, y te aseguro que no amplían sus horizontes.

—Tú navegas...

—A punta de pistola únicamente. Los únicos barcos que me interesan son los vapores que se dirigen al este. Y, además, echo de menos a Luba.

—Yo también. Ojalá Agnessa no hubiera convencido a mi padre de que lo mejor para ella era estudiar para...

Se puso la mano sobre el vientre y en su rostro se dibujó una mueca de dolor.

—¿Es el bebé? —le pregunté yo, nerviosa solo de pensarlo. Era demasiado pronto.

—No es nada.

Los invitados se habían congregado alrededor de la mesa para inspeccionar los dulces. Mi madre pasó por nuestro lado con la cabeza bien alta, sin inmutarse siquiera por la pelea que mantenían los dos médicos, dejando tras de sí una estela

que era una mezcla extraña pero agradable de brisa marina, perfume Jicky y bolas de naftalina. Como siempre, su manera de enfrentarse a un problema era sonreír y hacer caso omiso, capearlo como si fuera una tormenta repentina.

Noté el característico tacto frío y aterciopelado del pelo de castor en el brazo y al darme la vuelta vi a nuestra vecina, Electra Whitney, inclinada sobre la mesa para coger un canapé; tenía la piel del rostro cuarteada como la pared exterior de un granero. Electra vivía en una lúgubre mansión que parecía un sarcófago a unas pocas casas de la nuestra, en la misma calle, con varias entradas atendidas todas ellas por un lacayo con librea. Ese día no la escoltaban sus compañeras de la Sociedad de Jardinería Rosa y Verde, estaba sola.

Electra se sirvió un canapé de salmón ahumado, pero no se apartó de la mesa. ¿Estaría escuchando nuestra conversación?

Nuestro jardinero, cuyo nombre hacía honor a su profesión pues se apellidaba Gardener\*, entró en la sala con una vasija de plata de boca ancha con pie de estilo Revere llena de rosas antiguas, que eran su especialidad, en una variedad de tonos que iban del blanco cremoso al rosa fucsia intenso.

Sofya ahogó una exclamación de sorpresa y se llevó la mano al abultado vientre.

—Pensamos que te gustarían —dije.

Tiempo atrás Sofya había dado los pasos necesarios para convertirse en una botánica consumada y aún le seguía interesando el estudio de las plantas, aunque actualmente lo hacía solo por placer. Cuando no paseaba entre las dunas en busca de rosas rugosas, se pasaba las horas muertas en el invernadero de mi madre injertando orquídeas.

El señor Gardener posó la vasija sobre la superficie pulida de la mesa de caoba del comedor sin hacer ruido gracias al fieltro que protegía la base del pie, se limpió las manos en el peto del mono blanco de trabajo y dio media vuelta para

---

\* Nota de la traductora: La palabra *gardener* significa «jardinero» en inglés.

marcharse. Su familia llevaba con la de mi madre dos generaciones. Era un joven tremendamente amable y bien parecido: alto, con el físico propio de un granjero acostumbrado a arar el campo y con el pelo y la tez oscuros como la tierra margosa con la que trabajaba.

Sofya lo sujetó por el codo.

—Es usted un genio con las rosas, señor Gardener.

Electra se aproximó a la mesa de manera imperceptible y lo miró de arriba abajo, para posar la mirada a continuación sobre el recipiente con las rosas.

Las flores eran a cuál más bonita: una rosa musgo William Lobb de un suave tono rosado, con esas vellosidades parecidas al musgo que crecían entre los sépalos; una Madame Bosanquet de deliciosa fragancia en color melocotón.

Mi amiga aspiró el aroma.

—Jamás había visto una rosas como estas. Qué extraordinaria fragancia. ¿Acaban de llegar de China?

—No, señora. Son rosas antiguas. En estos tiempos, algunos de los mejores ejemplares de rosas antiguas son silvestres.

—Las encuentra en los lugares más peregrinos —dije yo—. El cementerio, el almacén de la madera...

—Imagino que también son resistentes a las enfermedades —dijo Sofya—. Es usted un mago, señor Gardener. La de color crema tiene una maraña de hebras doradas que brotan de su mismo corazón...

—Es la favorita de la señora Mitchell, y la mía también —respondió él con una sonrisa—. La Katharina Zeimet, una especie vigorosa que da muchas flores. Lo único que necesita es agua y un poco de fertilizante.

—Seguro que estará encantado de empaquetar algunas para que te las lleves, ¿verdad, señor Gardener? —le pregunté—. Para que las cultives en tu invernadero.

Electra se acercó un poco más.

—Es ilegal propagar una planta cuya patente sigue vigente sin pagar el correspondiente impuesto. Para algunos eso es lo mismo que robar.

El señor Gardener se irguió y bajó la mirada al suelo.

—Tomar un esqueje de una planta silvestre no es robar, y no es peor que escuchar conversaciones ajenas, Electra Whitney —repliqué yo volviéndome hacia ella.

—Antes no se veían esas cosas en Southampton —dijo ella.

—Y tampoco se veía a nadie hablar de forma tan grosera.

Electra se alejó justo cuando mi madre entraba de la terraza con un grupo de invitados y les indicaba por dónde se accedía al comedor, momento que el señor Gardener aprovechó para marcharse tras hacernos una leve inclinación de cabeza.

¿Cuándo iba a aprender Electra Whitney a no meterse en los asuntos de los demás?

—Por aquí —indicó mi madre al grupo.

Los invitados se arremolinaron a nuestro alrededor mientras las doncellas se abrían paso entre la multitud con bandejas de plata llenas de copas altas de burbujeante champán ambarino.

Afón se colocó junto a Sofya. Vestido de civil, era el típico joven guapo, pero cuando vestía el uniforme azul marino, con aquellos ojos castaños de espesas pestañas y el pelo tan negro que desprendía reflejos azules, no se podía negar que era ruso.

—Tu madre te estaba buscando, Sofya —le dijo a su esposa—. Y, Eliza, el doctor Abushkin acaba de empujar a tu médico contra el carrito del té.

—Ay, no —dijo Sofya frunciendo el ceño.

Mi madre se subió en un taburete tiesa como un palo, una posición que adoptaba fácilmente gracias a años de práctica sujetando un palo de escoba contra la espalda con ayuda de los brazos doblados por los codos. Se ajustó las patillas de las gafas de montura metálica detrás de las orejas mientras sus amigas sufragistas se congregaban a nuestro alrededor acompañadas por el frufrú de sus vestidos.

—¡Gracias a todas por venir! —exclamó abriendo los brazos.

—¡Escucha, escucha! —gritó una de las asistentes.

Hice tintinear la copa con una cucharilla y la sala enmudeció.

Mi madre carraspeó antes de seguir.



—No todos los días contamos con...

Las ventanas francesas del salón se abrieron de golpe y de ellas salieron los dos médicos, seguidos de cerca por la condesa.

—¿Puede avisar alguien a las autoridades para que detengan a este hombre? —le gritó el doctor Forbes a mi madre—. Está ebrio y es posible que me haya roto la muñeca.

Ella se dio media vuelta.

—Caballeros. Doctores. Estamos celebrando esta noche...

—Ay, no —exclamó Sofya, que estaba en el sofá, al tiempo que se sujetaba el vientre—. Eliza...

Me aproximé corriendo a ella mientras Afón se arrodillaba a sus pies.

La condesa empezó a caminar de un lado a otro de la habitación abanicándose con las manos.

—*Dieu, sauve-nous!* Se ha puesto de parto.

Mi madre llegó corriendo mientras se arremangaba por el camino.

—Que alguien me traiga mi maletín —gritó, y nuestra doncella, Peg, salió corriendo en busca del maletín negro de médico.

Sofya extendió el brazo buscándome la mano.

—No me dejes, Eliza.

Yo se la agarré fuerte y rogué a Dios que el bebé estuviera sano al tiempo que pensaba con gran desazón que jamás visitaría San Petersburgo.